

Posiblemente, el principal aporte de esta obra sea el de concebir la amplitud de enfoques y miradas en su potencialidad misma en tanto la asume como positiva y deseable para el desarrollo de las investigaciones sobre el pasado reciente. Consistente con los desafíos propuestos, este libro logra definir una serie de caminos para abordar la historia reciente en general y la nuestra en particular, no sólo al señalar por dónde es factible avanzar en las investigaciones sino también al poner de manifiesto de qué maneras es posible hacerlo. En efecto, brinda herramientas conceptuales, alerta sobre los recaudos metodológicos y teóricos que es necesario tener en cuenta y nos provee de una serie de marcos interpretativos para su abordaje. Además, ofrece “pistas” que permiten vislumbrar otros posibles temas de investigación como el estudio comparativo de diversas experiencias dictatoriales, especialmente de las latinoamericanas o el análisis de las políticas de estado respecto a la transmisión de la memoria colectiva y al reclamo de justicia frente a las violaciones a los derechos humanos.

Considero, en suma, que se trata efectivamente de una “obra colectiva” que apuesta al trabajo interdisciplinario y a la constitución progresiva de la Historia Reciente como campo de estudio legítimo y específico. Vale aclarar que sostener la pérdida del carácter monopólico de la historia como hacedora de los discursos sobre el pasado no implica, de ninguna manera, que los historiadores no puedan y no deban abordarlo. En ese sentido, el libro posee el equilibrio justo entre los aportes de los profesionales de la historia y los pertenecientes a los de otras disciplinas. Impecable en su estructura y en sus fundamentos, e independientemente del análisis que se pueda hacer sobre cada uno de los artículos que la componen, esta obra abre las mencionadas “puertas de acceso”, que por supuesto no son las únicas, a la interpretación del pasado cercano sosteniendo como principio implícito un abordaje crítico y reflexivo dirigido a “seguir haciendo” Historia Reciente y a no estancarse en visiones totalizantes, definitivas y sordas.

Jacqueline Bisquert
(UNGS)

*A propósito de Federico Lorenz, **Los zapatos de Carlito**, Buenos Aires, Norma, 2006, 300 pp.*

Hace ya tres décadas del desarrollo de uno de los más intensos debates acerca de la historia, cuyas consecuencias teóricas y prácticas fueron desarrolladas en los años siguientes. Ellas fueron, entre otras: un retorno a la narración histórica; el desarrollo de la —llamada con ironía—, corriente “culturalista” del marxismo británico; el debate de E.P. Thompson con los althusserianos; el debate general entre “teoría” e “historia”; la renovación de los métodos mediante la atención a la microhistoria y la oralidad; el reclamo por la reinserción de la perspectiva política de los actores y el inicio de nuevas búsquedas de acercamiento a su subjetividad. En nuestro país no fueron pocos los historiadores seducidos por la forma de trabajo y por la perspectiva “desde abajo” que había desarrollado Daniel James a comienzos de los noventa. Aunque todo esto para muchos fuera la comprobación de la caída del paradigma de que “lo material era la última instancia” explicativa de lo social, en otros no había un desdén por la estructura, sino una búsqueda de respuestas a nuevas preguntas que la propia estructura parecía rehuir. Sin embargo, paradójicamente, ha existido una relación inversa entre el conocimiento de los términos del debate y los trabajos de historia construidos desde la perspectiva de estas novedades. **Los zapatos de Carlito**, por el contrario, se instala en el centro de algunos de estos debates acerca de la historia popular.

A mediados de la década de 1970, el caso de las luchas de los obreros navales de Tigre se había extendido por las filas de la guerrilla peronista. Cualquier militante de las agrupaciones de superficie de la organización conocía que la dirección de los astilleros Astarsa estaba en manos de compañeros de la Juventud Trabajadora Peronista y que era uno de los más proclamados logros sindicales de la política montonera.

Las características de la relación entre las organizaciones revolucionarias armadas y la clase obrera está todavía poco estudiada. Recientemente, algunos trabajos han analizado las políticas sindicales de la iz-

quierda marxista y peronista en la primera mitad de los setenta, fijando su atención en los sucesos de mediados de 1975 en el contexto del estallido social, consecuencia del plan económico conocido como el “Rodrigazo”. No solo era la primera vez que el movimiento obrero enfrentaba con un paro a un gobierno peronista, sino que en aquellas jornadas la tradicional verticalidad del movimiento sindical pareció ceder frente al desarrollo de lazos horizontales de carácter político y regional a partir de las llamadas “Coordinadoras”.

Pero la historia que relata “Los zapatos de Carlito”, aunque se desarrolla en este contexto, tiene una mirada radicalmente diferente pues intenta “narrar la experiencia” de un grupo de personas concretas, utilizando el recurso de la oralidad para explicar acciones y razones de un sujeto colectivo, específico, en un tiempo determinado. Construido sobre la base de entrevistas orales —individuales y colectivas— a miembros de la agrupación de obreros navales de los astilleros Astarsa y Mestrina, el autor explica las luchas gremiales y políticas de los obreros de esa rama industrial de la zona norte del Gran Buenos Aires. Los resultados abren una serie de variables poco conocidas en los análisis de la relación entre un núcleo de la clase obrera con una organización político-militar de la época

Muchas veces el problema de la historia oral no consiste en la calidad del testimonio, en lo que nos dice nuestro entrevistado, sino en lo que “leemos” en la entrevista. Ello depende de cuál búsqueda, y de cuáles preguntas se formulen los historiadores en esa búsqueda. Porque en la lectura de la oralidad —tanto como de cualquier documento— interviene la subjetividad de los historiadores, las convicciones y las ideas de hombres y mujeres concretos, hijos de su tiempo, sin ciencia que sirva para conjurar esas determinadas coordenadas. O sea, que la subjetividad, la mirada, la perspectiva que se toma, modela la forma en la que ordenamos nuestros datos y la explicación que damos a la secuencia así construida. Lo que la correcta lectura de la oralidad ha aportado esencialmente a la historia es el posible acercamiento a la subjetividad, a los imaginarios y las identidades sociales, al mundo de la resistencia popular

frente a la dominación, sean estas formas pasivas, o de resistencia activa al poder. Lorenz construye desde esta perspectiva y es por eso que le asalta la pregunta de “por qué los hombres se rebelan” desde la que se construye el libro, y esa pregunta le permite ligar la historia de un caso particular con los problemas de interpretación de una etapa histórica general. Y de allí, el intento de fidelidad prestado por el autor al relato y a la forma en que lo vieron los protagonistas directos.

Sin embargo, la oralidad por sí misma no garantiza entender la subjetividad de los actores. Ello depende de las preguntas formuladas a los relatos y a la forma en que su perspectiva se incorpora a la narración. Hay estudios en los que la oralidad es el complemento, un agregado a la veracidad de lo que se obtiene mediante otros documentos. Ése ha sido el aporte a la construcción modélica de las estructuras sociales. Con otros documentos, sin acudir a la historia oral, podemos medir la cantidad de obreros implicados, conocer a sus dirigentes, enterarnos por sus volantes de las ideas centrales del movimiento, precisar lugares y fechas de diversos acontecimientos —tomas de fábrica, huelgas, atentados, etc.— en los que hayan participado; y la reacción patronal, sus acciones para enfrentar el conflicto: represión policial, lockout patronal, matonazgo, etc.

Lo que hace diferente a una forma de leer la oralidad es que podemos preguntar por las razones. Aunque en ello juegue la subjetividad de cada uno de los sujetos implicados en la entrevista oral. Mucho antes de entrevistarlos, los hombres y mujeres han conservado y desechado fragmentos del pasado entre sus recuerdos, los han reordenado a la luz de acontecimientos posteriores y madurado una explicación a sus propias acciones. La mayoría de las veces nos obligan a escuchar aquello que quieren decir y como lo quieren decir, pese a nuestra insistencia en tratar de ordenar su relato a nuestro plan de investigación. Pero su imposición tiene razón principal: los historiadores nos metemos en sus vidas, despertamos sus recuerdos; lo menos que nos piden es que los dejemos hablar a gusto de lo que han pensado acerca de su pasado. Entonces, el problema de la historia oral consiste en

que esta subjetividad construida debe ser leída, comprendida, tanto por el contenido como por la forma de su narración.

Y estas diferencias están en el relato de Lorenz. En ello intervienen el tipo de preguntas a la oralidad de sus entrevistados y la exposición de las pruebas en una determinada narración, que muestra cómo el origen de la agrupación de los navales no se entiende sino desde los lazos primarios que unieron a un grupo de amigos, jóvenes la mayoría y algunos vinculados por parentesco, a sumarse a la rebelión que se extendía por el país desde la caída de la dictadura del general Onganía.

La madurez de la organización de los militantes navales de Astarsa tuvo ocasión de mostrarse en 1973, cuando uno de los obreros del astillero se prendió fuego mientras trabajaba en el casco de un barco y sus compañeros decidieron la toma del establecimiento. Fue un momento decisivo en el camino, que los animó a enfrentar decididamente a la burocracia del sindicato hasta lograr, tiempo después de la toma del astillero, ganar la dirección. En los meses siguientes, se convirtieron en el centro de la vida sindical de la fábrica, y en los referentes para otros establecimientos de la zona. A pesar de la vorágine, todavía, los fines de semana, se juntaban a comer un asado, y tocar la guitarra, y a hablar de fútbol y política, invadidos por la confianza de los convencidos de estar cambiando el mundo.

Lo que Lorenz explica —narrándolo— es la forma en que se dio el vínculo de estos trabajadores con el clima insurreccional de la época, que incluía amplios sectores medios; y el por qué de la decisión de sumarse a la organización Montoneros, y lo que esta adhesión implicó en sus vidas. Porque, en los meses siguientes, tanta fama les sería adversa. El creciente enfrentamiento interno con la burocracia peronista estalló entre la agrupación de los navales y los matones del sindicato. Lorenz muestra como se llegó a la utilización del poder de fuego de la guerrilla para dirimir conflictos con los grupos armados de la burocracia sindical. A la luz de los resultados posteriores, la intervención de las “orgas” en la vida política de las fábricas, resulta cuestionable al observar las consecuencias que ello provocó en

la vida cotidiana de los establecimientos. Hacia fines de 1975, la permanencia en la fábrica de los militantes de la agrupación resultaba sumamente peligrosa, pero a partir del golpe cada uno de sus integrantes debió tomar una de las decisiones más dura de aquellos años: la muerte comenzó a ser una referencia cotidiana en sus vidas y en las de sus familias. Las opciones eran ocultarse, o pasar a la guerrilla como combatiente, o quedarse a esperar lo peor.

El interés de Lorenz por ser fiel con el drama de los hombres y mujeres que le contaron su historia puede verse en la historia de vida de uno de los referentes de la agrupación, el Tano Mastinú. Los navales cuentan que el Tano se había quebrado por las torturas que había sufrido durante su primera detención, a fines de 1975. Pero, sin otra alternativa posible, una vez que lo liberan no huye; se queda, y se esconde. Sus compañeros lo ven como una sombra de lo que fue, pero —pese a todo— él no quiere que crean que se borró, y cada tanto aparece. Pero se va hundiendo. Al final, la policía le cierra el cerco en una isla del delta. En el tiroteo, le matan a su cuñado con su sobrina en brazos. Aunque el Tano logra escapar de nuevo, está roto por la culpa. Hace una cita con su hermana para pedirle perdón por lo ocurrido, y es allí donde termina cayendo. Otro de los navales abandona su casa, pero comienza a levantarse otra, cerca de donde vivía, donde los represores lo atrapan. La humanidad de los hombres, de sus dramas en una época trágica: en realidad, de eso trata la historia de Lorenz. Que el lector se acerque de la manera más directa a saber “como lo vieron ellos”, a su perspectiva. Y a la forma en que esta perspectiva colabora entre nosotros para la mejor interpretación de las acciones de los hombres y mujeres en el pasado. En **Los zapatos de Carlito**, las preguntas correctas y una investigación basada en el viejo concepto de prueba de nuestras hipótesis, logra encontrar en el caso individual, en la microhistoria, una relación con las formas más complejas de la organización social, y con ello entendemos un poco más acerca de ambas.

Ernesto Salas
(UBA)